



Sergio Vodanovic

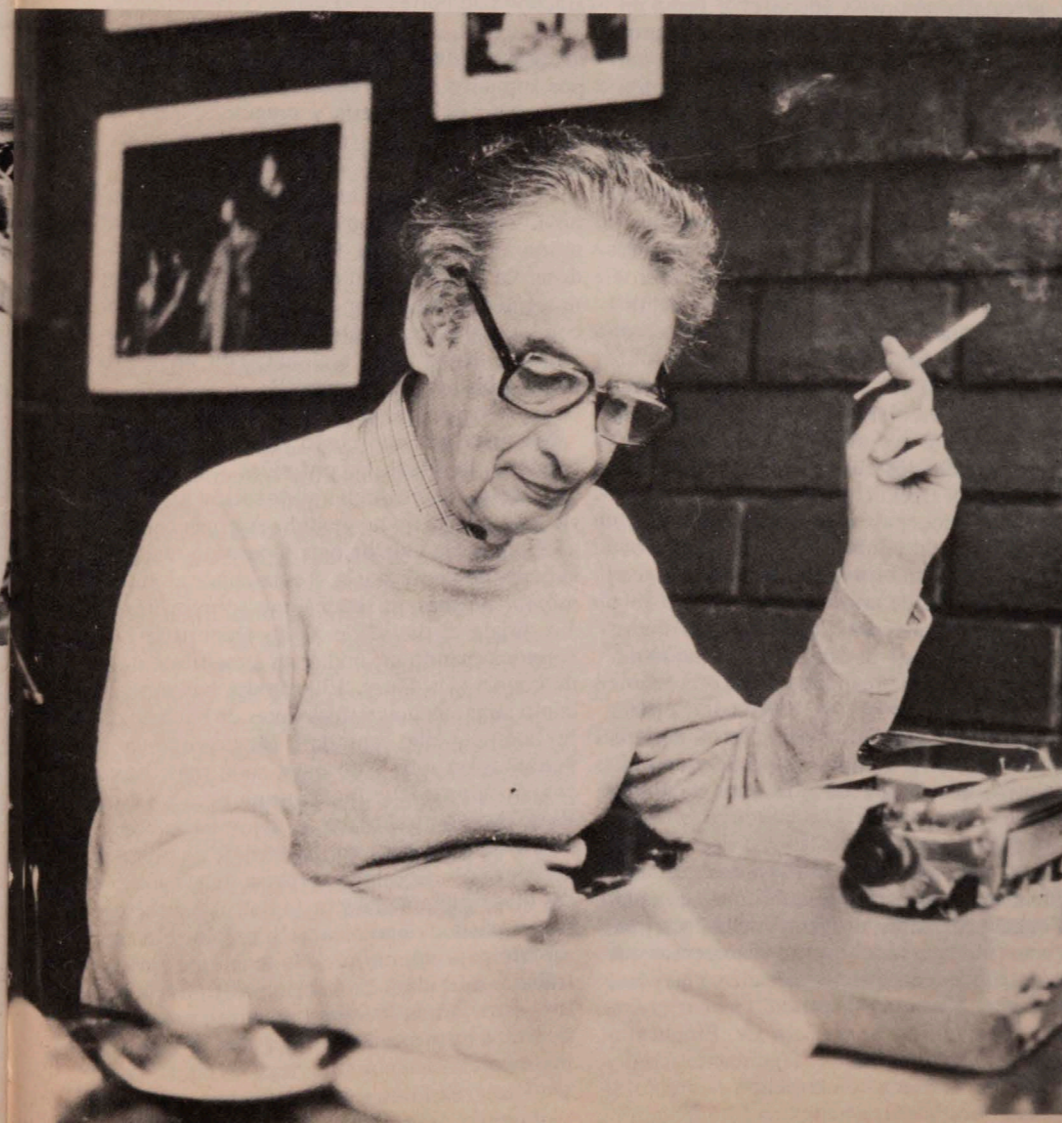
LO PRINCIPAL ES LA FAMILIA

por LUISA ULIBARRI

Fotografías de INES PAULINO

Dramaturgo de los buenos, y hasta hace poco marginado de la TV, debutó con una miniserie dominical que por fin demuestra que en Chile podemos hacer melodrama con bastante de verdad. La serie, irónicamente denominada "Una familia feliz", le nació porque él está convencido que es en nuestro núcleo más íntimo donde se enhebran los hilos de nuestra felicidad o infelicidad existencial.

Y vaya que habla con conocimiento de causa este abogado y hombre de teatro, solterón por vocación, y que a los 32 años decidió formar un hogar con su mujer Betty y su hija Milena, que es el motor básico de su vida.



En el fondo lo que tú quieres averiguar es cuán feliz es el autor de "Una familia feliz" me contrapreguntó en la mitad de esta entrevista, cuando la luz de una primavera gris se filtraba egoístona por el amplio ventanal del escritorio que da al jardín de su casa. Habíamos conversado casi una hora precedidos por un "confieso que me tiene nervioso esta confesión"; el Jupí ladraba por un rincón, la hija Milena —única de su único matrimonio con la bibliotecaria Betty Johnson— echaba a correr algo así como una llave desde el interior de la cocina. Y, creo que lo vi encender nueve veces la pipa y desaparecer detrás del humo antes de escucharle decir sereno, convencido, mirando a los ojos y en un tono bien sincero: "Mira: es difícil saber qué es ser feliz. Somos unidos, pero no pienses en la familia Coca-Cola, todo paz, porque tres personas en constante interacción generan tensiones. Pero de allí a grandes conflictos, eso no. Nos queremos, nos respetamos mucho, ninguno sacrifica su esencia en aras del otro y... te repito, nos queremos" dijo en un arrebato de intimidad poco frecuente en este dramaturgo premiado, mil veces estudiado y representado que es Sergio Vodanovic.

Era un día miércoles y como buen dueño de casa con mujer con trabajo, horario y sueldo —al revés de los cristianos— Vodanovic venía llegando de la feria, ritual que cumple religiosamente desde que jubiló como abogado de la administración pública, y como profesor de la desaparecida escuela de Artes de la Comunicación. En su escritorio, una máquina de escribir descubierta, muchos libros, pipas, fotos de teatro y por primera vez desde que lo había visto en los últimos años, la sensación de un Sergio Vodanovic pleno, satisfecho y un poquito expectante con su quehacer profesional. Desde que su mini-serie "Una familia feliz" salió al aire, no ha parado de recibir felicitaciones, buenos datos de sintonía y una especie de aire de reconciliación con el mundo. "Cada día me entusiasmo más con este medio, la televisión, que antes solo usaba para combatir el insomnio. Estoy de aprendiz y me impresiona la respuesta del público y los actores. La televisión no es teatro por cierto, pero sí un medio respetable donde hay mucho por hacer. Estoy contento de ver el resultado de los primeros capítulos."

"Fue mi mejor terapia"

Autor renombrado ("El senador no es honorable"; "Deja que los perros ladren"; "Nos tomamos la Universidad") y participante en los montajes de Ictus en los últimos años, a decir verdad desde 1973 Sergio Vodanovic había sido una figura mitad anónima, mitad pública y algo cesante desde que se



le acabó la escuela donde hacía clases y las páginas de los diarios y revistas donde solía escribir. “Yo soy un tipo melancólico, y aunque con Betty somos lo suficientemente civilizados como para entender el cuento de la mujer proveedora y el marido en la casa, la verdad es que este último tiempo me estaba deprimiendo bastante. Era mucho dejarle toda la responsabilidad a ella. Yo nunca fui al siquiatra en mis 56 años, pero esta depresión sí que se estaba convirtiendo en algo peligroso para la estabilidad familiar. Afortunadamente surgió esta miniserie, y te confieso que “Una familia feliz ha sido mi mejor terapia” confidenció mientras por mi cabeza pasaban una y otra vez las imágenes del “triumfador” Víctor Altamira —“no construyo casa sino familias felices”—. Y también, una serie de “alabados sean canal 13 y el productor Ricardo Miranda por abrir las puertas de una vez por todas a un escritor-escritor en su producción teledramática 1982.”

En sus pocos capítulos de existencia, “Una familia feliz” —una cadena de conflictos surgidos en el seno de una familia cuyo “pater” traicionó su destino en pos del éxito, la imagen externa y los intereses materiales— ha demostrado lo que desde estas páginas veníamos pregonando hace rato: se pueden hacer melodramas con historias de calidad, sin argumentos estirados como chicles, y personajes malos más malos que Satanás. Digamos con gente normal, que le achunta y se equivoca, como a diario pasa en la vida. La serie del 13, aunque a veces dispareja, augura un futuro promisorio a otros escritores. Y tiene sorprendidos a muchos, empezando por el propio Vodanovic que, de ignorante en la materia —y bien poco habituado a la televisión— se ha convertido en un aplicado telespectador de “Dancin Days” la serie brasilera “que me abrió los ojos y me hizo reconciliarme con el melodrama”. Y que será escuela para la futura telenovela que piensa escribir.

Nacido en Yugoslavia —Split, el principal puerto eslavo y donde sólo vivió meses— Sergio Vodanovic es genéticamente una buena mezcla de su afectuoso y parco papá y una mamá italiana. Profesionalmente, en él se conciliaron harto tiempo el abogado experto en seguridad social y hombre de teatro que es. Como persona, es un hombre cálido, bueno, ponderado y paternal que se ha ganado —con justicia— el cariño de los actores y la casi devoción de su mujer Betty y la hija Milena, estudiante de periodismo, scout-girl y debutante en un pequeño papel de “La familia feliz”.

“Mi papá era uno de esos yugoslavos que vinieron a Chile, comenzaron como barrenderos y terminaron siendo dueños de cadenas de almacenes. Cuando tenía cierta situación, un primer matrimonio terminado, y el segundo con mi mamá, decidió irse de Antofagasta y volver a Split. Yo nací un poco a medio morir saltando, con una grave complicación renal que me tuvo al borde de la muerte y que repercutió después cuando tenía 30 años. Pero nací yugoslavo por chiripas —algunos dicen que en

el hotel del Palacio Diocleciano, otros que en una vieja casa— y a los pocos meses regresamos a Chile. En ese tiempo de ausencias, mi papá se había vuelto más chileno que eslavo, así es que volvió a Antofagasta donde trabajó el tiempo suficiente como para comprarse finalmente una casa en Santiago y vivir de las rentas.”

Reinaban las mujeres

Como niño, Vodanovic dice que era tímido, pésimo para las pichangas, romántico platónico, enamorado cada semana de niñas que nunca lo sabían. Y, un lector devoto cuando su hermanastra le llevó el catálogo de Ercilla donde estaban las Rimas de Bécquer que él se aprendió de memoria y que lo incitaron a escribir. “En mi casa reinaban las mujeres así que nunca conocí la palabra machismo. Es más: mi mamá manejaba el Fiat, arreglaba tapones y enchufes”. Tenía un carácter fuerte y todavía sigue siendo muy protectora. “Cuando nos vinimos a Santiago, mi papá preguntó cuál era el mejor colegio para matricularme y le respondieron que los Padres Franceses. Creo que fue el primer gran error que cometieron conmigo.”

—¿Por qué?

“Porque ese era un colegio de la alta burguesía, de familias que no correspondían para nada a nuestra manera de ser. Mis compañeros iban a la nieve, a los fundos, eran muy deportistas. Y yo era guagualón, un tanto inocente, malo para la pelota. Claro que eso desarrolló en mí un espíritu crítico y discrepante —y una gran eficiencia escolar— que me ayudó a suplir mis carencias. Y que me puso tan crítico, que en humanidades los curas sugirieron un cambio de colegio. Decían que yo tenía un “mal espíritu”. Entonces pasé al liceo de Aplicación, y ahí me cambió la visión del mundo. Tenía como compañeros al hijo del zapatero, de un comerciante chico, de un profesor. Nuestro guía espiritual en la Acción Católica era el Padre Hurtado. Digamos de ahí surgió una visión mía más social de la realidad. Y que está en mis obras. Había un inspector, el Voz de Corneta —Jorge Lillo, fundador del Teatro Experimental— y a él le compré mi primera entrada de teatro. Se trataba de una obra de Valle-Inclán en el Ituch.

—¿Y qué pasó allí?

“Pasó que, más que entusiasmo con lo que ocurría en el escenario, descubrí que en la platea había profesores, dirigentes de la Fech y toda una “inteligentzia” que me hizo pensar que había un grupo de gente interesada en las cosas profundas. Yo había suspendido mi carrera de leyes para entrar a la Caja de Empleados Públicos, luego la reinicié, seguí como fiscal y a esas alturas había comenzado a escribir. Mi primera obra se estrenó con una compañía for-



Sacando solitarios: uno de sus pasatiempos,

junto al “Dilema”, juego que comparte religiosamente con Nissim Sharim y Hans Ehrmann.

mada por Tito Rodríguez y Germán Becker y por supuesto hubo una sola función”, evoca sin perder su cara seria y preguntándome de paso, “oye, y ¿a quién diablos podrá interesarle todo esto?”

Como burócrata y hombre de letras, Vodanovic concilió bien sus intereses, y de algún modo ambos mundos fueron interrelacionándose. Su primer estreno laureado “El senador no es honorable”, por supuesto tenía que ver con la cosa pública. “Desde allí nunca pude separar el teatro de la realidad, con un cierto compromiso con mi tiempo.”

—¿Y qué ocurría contigo como ser humano?

Me mira y sonríe como diciéndome ahora comienza lo difícil, la confesión:

“Era un solterón con una vocación de solitario que todavía no he perdido. Ya me acercaba a los 30, hacía vida de barrio pero no tenía relaciones de importancia. Tenía pavor al matrimonio, además mi mamá me sobreprotegió. Yo dirigía el diario del Club Deportivo Los Guindos cuando me invitaron a esa fiesta donde conocí a la Betty. Ella estaba bailando y, como yo no tengo grandes dotes de bailarín dije “a ésta la pillo cansada”. Me acerqué, conversamos un rato y no pasó nada más, hasta cuando supe que se iba con una beca a Costa Rica. Betty ya trabajaba, el avión hacia escala en Panamá y deslicé un “acuérdate de mí en el aeropuerto”. Con gran sorpresa mía, a los pocos días recibí una tarjeta de Betty. A su regreso nos pusimos a pololear. Un pololeo bien garantido para mí, porque ella tenía que partir a trabajar a Chillán. Yo había escrito “Deja que los perros ladren” —obra que luego pasó al cine e hizo historia en nuestra dramaturgia—. Y por esos días andaba un gringo en Chile, John Harrison, decidido a becar a un autor a Yale y Columbia. “Me eligió a mí, la beca era por un

año, así es que Betty y yo decretamos una cierta libertad en nuestra relación”.

“Ya me había entrado”

—Y respiraste aliviado...

“No, fíjate. Me preocupó bastante, porque la Betty ya me había entrado más de la cuenta. En Estados Unidos me sentí muy solo, la correspondencia iba y venía, yo estaba aprendiendo técnica del drama, pero no sabía pegarme un botón ni hacer una cama. Me sentí muy solo. Además eso coincidió con un agravamiento de mi salud, y con una operación que, de no hacerla estaría enterrado en un cementerio norteamericano. Fue una situación bastante límite. El enamoramiento crecía y hubo algo definitorio: me vi de un tirón dos obras de O’Neill y Wolfe (“Largo viaje hacia la noche” y “El ángel que nos mira”). Ambas mostraban a dos autorazos, pero víctimas de una seria y tremenda infelicidad familiar. Entonces yo me dije, si para ser dramaturgo genial hay que ser infeliz con la familia, ¡a la mierda con el teatro! Desde entonces lo único que he pensado es que lo más importante está en el campo de los sentimientos y de los afectos. Y en la familia, naturalmente.”

Al regreso —tenía 32 años— Vodanovic se casó con una mujer que tanto él, como sus colegas bibliotecarias —y los amigos que aterrizan en la acogedora casa de La Reina— definen como “extraordinaria”. Además de ser una especie de “capa” en organización de datos —y una suerte de funcionaria internacional— indudablemente su positivismo y onda estimuladora, han influido en el equilibrio

de esta pareja. Una pareja que recuerdo cruzando del brazo y entrando a Muebles Sur pocos días después de esta entrevista. Y que ha tratado de educar a la única hija Milena con el máximo de libertad y autonomía posible. “Me acuerdo que yo me aterraba cuando la veía subir a las rocas de Isla Negra. Pero no podía privarla. Lo mismo me pasa cuando pienso que ella pronto necesitará irse de la casa, aunque hacemos lo imposible por evitarlo”, dice mientras Milena asoma la nariz por la puerta para despedirse. “Amarrarla, no dejarla volar no sería estar queriendo a Milena, sino a nosotros. Y yo no creo en ese cariño —ni en relación padre-hijo ni pareja— donde uno debe sacrificar su esencia o su libertad para complacer al otro. Es un poco lo que ocurre con la mujer de Víctor Altamira. Ella está tremendamente anulada como ser humano, no tiene identidad porque ama con devoción a su marido. No es una persona ¿me entiendes?”

—Entiendo. Y ya que entramos a esta “Familia Feliz”. ¿Por qué los elegiste a ellos para contar tu historia?

“En primer lugar, por una cosa de tiempo. Esta familia arranca de mi última obra “Igual que siempre”, publicada en Estados Unidos. Pero tiene considerables diferencias. Cuando empezó el boom de las teleseries en el canal 13 yo escribí seis teleteatros unitarios, se los llevé a Ricardo Miranda y él me pidió que escribiera una telenovela. Pero para mí eso habría sido adaptar una novela, género en el que nunca he escrito. Entonces tomé a esta familia, que tiene muchas de las constantes que he venido trabajando en mi obra, de las cosas que me inquietan...”

—¿Cómo cuáles?

“Como la imagen del triunfador. ¿Quien es un tipo trinfador: el que tiene todos los ope-

les y se pasea como león enjaulado en su casa un día domingo? Víctor Altamira, con su status, su posición, el éxito en los negocios, ¿es un triunfador? También me preocupó el problema de las máscaras, de la imagen que tú debes dar en la sociedad para que te aprueben. Cristián Campos lo dice clarito en el segundo episodio: es en la vida y no en el teatro donde estamos usando las máscaras. Por último, estaba el tipo que se había traicionado, que había doblado la mano al destino, a su vocación, a sus ideales más nobles, yéndose por el camino que le proporcionaba mejores dividendos materiales. Creo que un poco de todo eso hay en “Una familia feliz”. Yo no quiero hacer sociología, ni decir que en la mayoría de las familias chilenas eso está pasando. Pero he conocido mucha gente parecida a algunos de mis personajes. Altamira no es un tipo malo-malo.”

—¿Qué es?

“Es una persona equivocada. A mí me pidieron que escribiera una serie “extremista”, donde los malos fueran pésimos, lo peor del mundo. Pero eso habría sido traicionar mi naturaleza. Yo no creo en la gente mala, sino en la gente que se equivoca, que se ve envuelta y que la sociedad a veces corrompe. Desde su perspectiva Víctor Altamira cree que lo ha hecho bien, su hijo —que no es el típico Cuesco como aseguran— refuerza su imagen. Pero hay un pasado del cual renegó, ciertas condiciones heredadas por su hija Javiera que anticipan el conflicto. Uno de los conflictos, porque esta serie se acerca más a una obra teatral que a una novela, y debe tener mucha tensión. Cada cosa, cada palabra debe justificarse. A mí no me interesan esos diálogos que se alargan y alargan para... nada. Tampoco esta serie será estirable de acuerdo a la sintonía...”

—Entonces estás doblándole la mano al estilo habitual...

“Y con bastante susto y expectación tanto mía como de Ricardo Miranda. Cuando tú tienes al público acostumbrado a recibir determinado producto es arriesgado cambiar. Ahora, yo no estoy escribiendo una obra de teatro. Esto es un melodrama, con suspenso, pero yo trato que los personajes estén bien delineados, que la acción se justifique, que haya agilidad...”

—Hay una contraposición bien fuerte entre el mundo del teatro y el de los negocios...

“Más que eso, yo diría que entre la gente que se deja guiar, que es consecuente con los talentos, y la que los traiciona. Altamira no quiere recordar su pasado, pero está su hija Javiera. Ella sí que rompe, ella trata de ser consecuente. En mis obras siempre está la cosa generacional y aquí en “Una familia feliz” con mayor razón no podía evitarlo. Javiera es como la esperanza, la misma ilusión joven que, desde otro ángulo, se daba en “Nos tomamos la Universidad...”

—¿Y cómo sientes que está resultando la serie en la pantalla?

“A mí me emociona mucho ver el compro-



miso de los actores y de todos los que trabajan en esta serie con lo que están haciendo. Yo sólo fui a dos grabaciones, porque creo que la obra deja de pertenecerle a uno —igual que en teatro— cuando va a ser representada. Cada vez me he ido entusiasmando más, pienso que en la televisión se puede hacer mucho, ellos han recreado, han hecho crecer a los personajes.”

Entonces no te ves “disminuido” como intelectual ni como dramaturgo...

“No, no, son cosas tan distintas. Indudablemente para escribir teatro tienes todo el tiempo del mundo, cada situación está mucho más pensada. Pero creo que el teatro chileno se ha puesto tan calamitista y con tantas ansias de perfección no siempre logradas, que entrar en este ritmo apurado es refrescante. Por supuesto que no es lo definitivo para el dramaturgo. Al revés, el auge de la TV debiera ir en pro de un teatro mucho mejor, así como el cine perfeccionó su lenguaje cuando otro medio le salió al paso. Ninguna cosa excluye a la otra. Lo importante es hacerla bien. Y en TV es una responsabilidad enorme. Son millones los ojos que te ven. Por eso yo aplaudo a los brasileros y a su serie “Dancin Days” que claro, nos da melodrama, pero hay constantes alusiones a la situación social y cultural del país. No es una

historia en el aire. Yo la veo como un buen modelo para mi futura telenovela, que creo aludirá esa vida de barrios que tanto hice.”

—En “Una familia feliz”, ¿hubo personajes que quisiste más que otros? ¿Se te aparecían de repente como le ocurre a Moya Grau?

“Es cierto que existe eso de las voces interiores, hay personajes que de repente te rondan, te dan vueltas. Pero yo los quise a todos por igual, comenzando por la tía Marisa; Magda e... incluso Ita que podría ser la mala del cuento. Claro, es cierto, uno establece una relación afectiva, extraña con ellos. Es parte del trabajo del escritor.”

—¿El abogado Vodanovic, quedó definitivamente anclado cuando jubilé en 1970?

“Yo creo que todavía se me sale cuando escribo con cierta obsesión por la cosa pública. Y también en mi lenguaje, en esa cosa seca que tengo para escribir...”

—Pero no para vivir...

“No para vivir, creo yo. Tal vez sea medio fome, pero también soy bastante emotivo y me emocionan las demostraciones de afecto, la lealtad. El amor me emociona mucho. Y los amigos cuando son verdaderos amigos.”

—Como Nissim Sharim y Hans Ehrmann, tus compañeros dominicales de dilema.

“Mis compañeros de dilema. Claro, con ellos jugaba dilema todos los domingos hasta que Betty empezó a cansarse porque ese era el único día que teníamos para estar juntos. Entonces cambiamos los horarios y salimos a descubrir caminos nuevos, a comprar plantas y a caminar. Son los pequeños gustos que uno puede darse. Yo soy bien fósil y de poca vida social. Todavía soy medio solterón, y me gusta la soledad, en cambio Betty es muy sociable. Muchas veces sale sola y se fabrica sus propias entretenciones. Ella tira p'arriba, yo tiro p'abajo. Pero es una cuestión de carácter. Debe ser el lado eslavo, el asunto es que ella respeta mis neuras y a la vez yo trato de entenderla. Vamos a cumplir 25 años casados, y este ha sido un largo camino. Un camino donde hay bastante cariño.”

—Y desde que estás en la casa jornada completa, ¿eres cocinero, te preocupas del aseo...?

“No, no... escasamente voy a la feria. Por eso, uno de mis sentimientos de culpa estos años se debían a que Betty —además de proveedora— ha seguido ocupándose del jardín, de la cosa doméstica. Yo con suerte sé hacer café y huevos a la copa. Además soy un devorador de sandwiches, entonces en días como estos en que la empleada titular tuvo guagua, y la reemplazante está con gripe, voy y me como un sandwich en la esquina. No te olvides que uno es fruto de una educación machista. Yo admiro a mujeres como Betty, que además de estar con la cabeza en el trabajo llegan a supervisar todo el orden de la casa.”

—Al comienzo mencionaste al Padre Hurtado, como guía espiritual en tus años de Acción Católica. ¿Quedó algo de esa enseñanza en el Sergio Vodanovic de hoy? ¿Eres un hombre creyente?

“Yo siempre he sentido cierta necesidad de absoluto. Para mí existe, y creo en la vida cristiana, con toda la ética que eso implica. Pero no en la católica, porque todavía no encuentro alguien que me explique el misterio de la resurrección de la carne. Pero tengo necesidad de absoluto.”

—¿Y cómo se manifiesta esa necesidad de absoluto?

“Rezando —dice, mientras el Jupi ladra y yo presiento que debo finalizar esta entrevista antes que empiece otro capítulo de ‘Dancin Days’—. Yo no soy muy religioso, pero he rezado muchas veces, sobre todo cuando vuelvo a Saint Patrick en Nueva York. Allí viví la crisis de la soledad, del enamoramiento, y esa operación que me tuvo al borde de la muerte. Ahí me vino una especie de ansia de familia y creo que recién entonces definí parte de mi existencia”, responde dejando entrever lo importante que fue ese período de su existencia.

Un período del que no se arrepiente porque le permitió formar la familia que hoy tiene y ordenar ese mundo de afectos, anhelos y valores por el que clama a gritos en su muy deteriorada y televisiva “Familia feliz”. *



Claudia Di Girolamo

¿Los Altamira?: los más normales, a pesar de todo.

Junto a Jaime Vadell, realiza una de las actuaciones más convincentes dentro del buen y homogéneo reparto de “La Familia Feliz”.

“Sin ser yo, Javiera Altamira es uno de los personajes más parecidos a mí que me ha tocado encarnar. Además, creo que hay una historia de fondo bastante posible y reconocible en nuestra realidad.”

Para Claudia Di Girolamo, luego de participar en dos anteriores familias televisivas —Los San Lucas de “La Madrastra” y los Sonnenberg de “Alguien por quién vivir”—, indudablemente esta familia Altamira, tan feliz por fuera y con una tremenda procesión por dentro, es sin embargo la más normal de las que le ha tocado vivir frente a la cámara. “No tiene madrastras malas, ni tampoco una mamá en la cárcel durante 20 años.” Y, aunque de haber conflictos aquí los hay —y en abundancia— Claudia se los perdona, porque para ella los conflictos de los Altamira son mucho más parecidos a los que existen en la realidad.

Por lo mismo, también más reconocibles. Aunque la actuación del elenco es parejamente buena en esta primera mini-serie de Sergio Vodanovic, sin duda, su personaje —y el de Victor Altamira, encarnado por Jaime Vadell— se meten en la cabeza y el corazón del público tanto por la fuerza y el convencimiento interno que proyectan, como por una suerte de ángel y matiz de verdad, de los que no solían verse en este tipo de programas.

Dudosa, sin la certeza plena de “que lo estoy haciendo todo lo bien que yo quiero”, Claudia contó a CLAN que desde que leyó los 14 capítulos de esta “familia feliz” se sintió fascinada con su personaje, y con la calidad del libreto. “En teleseries los personajes son siempre muy parejos. Pero con Javiera me toca encarnar a

una muchacha que experimenta un cambio brusco. Un personaje cuyo conflicto se va acentuando al punto de optar entre un tipo de vida y otra, y que luego la obliga a abandonar el hogar. Es bien rico cuando tienes delineado desde la partida los rasgos de tus personajes, porque aunque la televisión es rápida y no te permite madurar mucho, por lo menos aquí hubo la posibilidad de que yo conociera más a fondo a la Javiera desde el comienzo.” Además, como surgió de un autor teatral, tiene mucho más de donde “agarrarse”.

—Y la historia que vive ¿por qué te parece creíble?

“Yo sé que en una generación pasó mucho eso de que tú renunciabas a tus ideales por una vida más próspera. Yo no lo he vivido, pero tengo la información, y sé que en aras de esas vida más “reluciente” la gente se traiciona. Hay un momento de la serie en que a mi papá Victor Altamira le dicen el “chueco Altamira”.

—Y tú ¿lo encuentras chueco?

“No, yo cómo hija lo quiero y me da mucha pena lo que pasa. Aquí no hay odios tremendos ni nada de eso; al revés. Yo siento que él se equivocó y eso se acentúa más y más cuando descubro en mí una vocación artística y más noble que es la que él tenía en su juventud. Claro que al descubrir eso, naturalmente entiendo que esta familia tiene que deshacerse para bien de sus integrantes. Yo como hija me veo forzada a romper, yo no puedo seguir siendo manipulada por sus intereses. Y sufro mucho.”

—¿Y qué sientes frente a tu madre?

“La compadezco y me da mucha pena también. Además yo soy muy parecida a ella, porque somos incapaces de causar conflictos. Mi mamá televisiva es muy pasiva, está llena de un amor ¡pero increíble! por su marido. Un marido surgido de un matrimonio por conveniencia, y que ha anulado su personalidad.”

—¿Lo mismo te ocurre con tu tía Marisa?

“No, yo con ella entro en un juego de complicidad de repente. Ella es en cierto modo el enlace con el pasado. Y con mi hermano siento una profunda incomunicación. No tenemos nada en común, cuestión por lo demás que se da harto en varias familias.”

—¿Por qué crees tú que, de las tres series en que has actuado esta es en la que proyectas más fuerza, más verdad?

“Yo no sé si eso pasa, pero estoy tratando que así ocurra. Tal vez, sin ser yo, he tenido por otra parte la posibilidad de ser más yo misma, sobre todo cuando opto por el camino del teatro, y de la búsqueda de ideales. La forma de hablar me resulta muy familiar —muy como yo hablo—, y como decía antes, aquí hay un personaje en conflicto al que le están pasando cosas posibles, muy posibles. Yo no sé si alguien ya lo dijo, pero uno de los méritos de esta serie es que aquí no hay gente mala per se, sino gente equivocada, gente a la que la vida la puso en un camino y eligió otro. Eso ocurre en la realidad ¿no?” *



Comprando en la feria, rito que cumple todos los miércoles.